

# HERALDO DE MURCIA

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1139

JUEVES 19 DE DICIEMBRE DE 1901

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
En la Península UNA PESETA al mes.  
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.  
Comunicados a precios convencionales.  
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS  
En segunda plana. . . . . 00'50 pesetas ínea  
En tercera. . . . . 00'10 id id  
En cuarta. . . . . 00'05 id id.  
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

## EL PAÍS DE LA MUERTE

«España no es ya el país de los moros, pero es siempre el país de la muerte.» Así cuentan que ha escrito Villette, el célebre dibujante parisien, al pie de una macabra alegoría de nuestra patria, que figura en la colección de dibujos y autógrafos formada durante su interesante odisea por los simpáticos viajeros valencianos Sagarra y Juliá. El juicio es duro, pero es justo. ¿Es otro, en suma, el que a cada paso emitimos nosotros mismos? «Está muerto», es aquí un trivialismo, una frase hecha, un lugar común. Preguntad por la enseñanza, por la justicia, por el teatro, por el libro, por la cátedra, por la tribuna. Preguntad por el régimen parlamentario, por el sentimiento dinástico, por el partido republicano, por el carlismo. Preguntad por el patriotismo, la virtud, la consecuencia, la fe, la esperanza, la gloria, el honor. «Eso está muerto», se os contestará. ¡Muerto todo! España es un inmenso sarcófago, una pirámide de cadáveres erigida sobre el cadáver de la patria.

La muerte ha sido siempre una obsesión del espíritu nacional. Desde los egipcios acá tal vez no se halla pueblo alguno preocupado como el nuestro por la idea del último trance. La muerte llena de crepónes nuestra fantasía. Ella es la musa fúnebre del folk-lore español. La mitad de las canciones populares tienen la muerte por objeto. Se la llora, se la maldecio, se la escameo, se la ama, se la odia, se la teme, se la anhela, se la huye, se la busca, se la canta... Es terror, es amenaza, es libertad, es redención, es esperanza. Es hasta espectáculo, emoción de placer acre y amargo con que la multitud se embriaga. Nuestro pueblo es un gran artista de la muerte, un dilettanti del sepulcro. Nunca la vida ha merecido aquí tan universal homenaje.

La causa hay que buscarla, sin duda, en nuestra trágica historia. Los rigores de una naturaleza madrastra han debido engendrar desde los tiempos más remotos en los habitantes de la Península cierto desprecio por la vida. Una creencia religiosa, lúgubre y sombría germinó como en suelo féracísimo, en este fondo de inconsciente pesimismo. En ningún otro país han causado tantos estragos los delirios místicos. En este pueblo de fantasía y de pasión, la religión no fué una doctrina, una idea, un consuelo, una esperanza, sino una pesadilla, una obsesión, un fanatismo, un arrebato. La muerte y el dolor deificados; un drama puesto en los altares; el Cristo azotado, coronado de espinas, atravesado por la lanza, clavado en la cruz; la madre al pié, desvanecida, abismada en una congoja sin nombre; prescritos como pecados el placer y alegría; elevado el sufrimiento a la categoría de deber; menospreciada la vida presente, y considerado su término como rescate y redención. ¡Terrible fé, propia para llevar hasta el paroxismo la exaltación a que propenden las almas ardientes y las imaginaciones fogosas! ¿Cómo no ha de ser España país de muerte, si es de muerte su religión?

Luego sobrevino la guerra, no esporádica ni accidental, sino crónica, constante, tradicional, eterna. Ocho siglos de lucha religiosa costó el formar la nacionalidad. Monarquía y fe nos hicieron batallar después con el mundo entero durante tres centurias. Fe y monarquía han sido en el siglo que acaba de expirar las causas de nuestras querrelas. Nunca aquí el templo de Jano ha cerrado del todo sus puertas. Desde la infausta rota del Guadalete, la paz ha sido siempre entre nosotros un nombre vano. Apenas dejamos de pelear con el extranjero, la guerra civil hubo de dar salida al virus de discordia que llevamos disuelto en la sangre. ¿Cómo no ha de ser España el país de la muerte, si los españoles llevamos matando y haciéndonos matar más de doce siglos?

La muerte nos es familiar, simpática, amiga. Así se explica la indiferencia con que contemplamos sus estragos. Ciudad de la muerte es llamada por antonomasia la capital de la monarquía. En ningún país civilizado paga la fecundidad tan cuantioso tributo a la parca. Las estadísticas de nuestra mortalidad aterroran. Inclusiones, hospicios, asilos, cuarteles, prisiones, hos-

pitales, manicomios, son antesalas del sepulcro. La higiene es aquí un mito y la vida merece aún menos respeto que la hacienda. El crimen de sangre no deshonra, y hasta el jurado suele mostrarse indulgente respecto de él. Asombra la naturalidad con que los españoles nos dejamos asesinar por nuestra administración homicida. ¿Qué más? Ochenta mil muchachos han sido sacrificados en una de las hecatombes más enormes y más estériles de cuantas recuerda la historia, sin que ni aun del seno de sus familias se haya alzado un grito de indignación para protestar de tan bárbaro y horrendo crimen. ¿Crees estar vivo?, preguntaba César al soldado viejo e inválido que le pedía permiso para retirarse a aguardar la muerte. Algo así podría preguntarse también a la madre España. El pueblo español vive hoy, si esto es vivir, como esos paralticos petrificados antes de tiempo en la inmovilidad de la tumba, sobreviviendo a sí mismos. Pugna una parte de él por renacer, por respirar, por sacudir el mortal letargo, por levantar la piedra funeraria de su sepulcro prematuro. Pero es en vano. El gran cadáver de la España que fué le aplasta bajo la enormidad de su infinita pesadumbre. Muerto está el espíritu nacional, perdido en las añoranzas de instituciones, creencias, glorias, grandezas que pasaron para no volver. Muerto está en sus cuatro quintas partes el cuerpo de la patria. En todo el centro de la Península puede leerse fácilmente el «Esto ha sido», lema de las nacionalidades difuntas. Fué Toledo, la imperial, cuna de nuestras cortes. Fué Córdoba, la sultana, asiento de una de las más grandes civilizaciones que ha conocido el mundo, teatro bajo los Abderrahmanes de maravillas sólo comparables a las de «Las mil y una noches». Fué Granada, el paraíso terrestre donde se extinguó una gran raza. Fué León, que dió nombre a un reino, con su catedral espléndida y su panteón en que yacen sepultadas varias dinastías. Fué Burgos, la hermosa capital de la alta Castilla, con sus remembranzas del Old. Fué Segovia, la ciudad frondista, inquieta y turbulenta, terror de los tiranos. Y Cádiz, cuna de la libertad, y Zaragoza, emblema de la independencia, y Sevilla, la hermosa Sevilla que trabaja por desahucarse de su grandeza histórica para transformarse en una ciudad moderna, y Santiago, la vetusta, segunda Jerusalen de las peregrinaciones medioevales, y Salamanca, imperio un día y hoy sepulcro de la ciencia española... Todo ha sido; nada es. Sólo en el litoral subsisten aún, a modo de focos aislados, poderosos centros de vida y de energía. Nuestra nacionalidad es ya en conjunto una ruina venerable, panteón de muertos ilustres, cuya memoria viene a evocar el extranjero que nos visita, melancólico y conmovido, como quien recorre los senderos de un cementerio.

Y por una singular, por una monstruosa anomalía, prima hermana de las siniestras fantasías de Ana Radcliffe y de Edgar Poe, son los muertos los que nos matan. Lo que ha sido destruye a lo que es. La monarquía se sobrevive para arrastrarnos con ella al abismo. El monaquismo abandona para aniquilarnos su viejo sepulcro de piedra. La difunta legitimidad dinástica nos combate todavía, semejante a aquel caballero de que nos habla Ariosto que, en el calor de la lucha, siguió peleando denodadamente mucho tiempo después de muerto. La tradición hace aquí imposible al progreso. La rutina mata la invención, la indolencia mata la riqueza, el dogmatismo mata la ciencia. Nada aprendemos, nada olvidamos. Nuestro presupuesto es el presupuesto de la tumba. Los muertos en él devoran a los vivos. Pagamos a la Iglesia, a la monarquía, a la deuda, a las clases pasivas el tributo de lo que ha sido. Los dos tercios de nuestros recursos son puestos de gusanos. Pocos años más de este régimen, y el turista que recorra los campos donde España fué, repetirá tristemente la tristesima frase del clásico: ¡Elium perire ruina!

Alfredo Calderón.

### Las Cajas de Ahorros y el Banco de España

En estos últimos años las Cajas de Ahorros han dedicado en Europa gran-

des sumas a la adquisición de valores públicos por cuenta de los imponentes, administrándole estos valores, ya para cobrar las rentas, ya para venderlos, excusando esta clase por falta de tiempo ó competencia no las realizarían.

Con la compra de valores públicos algún mayor desahogo tendrán las Cajas de Ahorros en la Península; pero conviene no perder de vista que una gran parte de los imponentes desconoce esta clase de negocios, teniendo al propio tiempo opinión poco favorable de los valores que garantiza el Estado. Está fuera de toda duda que ocurrirá con esto algo parecido a lo que ya hacemos observar en otro lugar con motivo del ingreso en la Caja de Depósitos del dinero que las Cajas de Ahorros no pudieron colocar en los préstamos de los Montes de Piedad.

Donde la opinión pública no tiene la menor confianza en la garantía del Estado es contraproducente buscar ésta como estímulo para que las imposiciones aumenten en las Cajas de Ahorro.

El ejemplo de Francia no tiene aquí la menor aplicación, y en prueba de que estas afirmaciones encierran una verdad incontestable, ahí está en completo olvido el Real decreto de 1853, en que se disponía que el dinero sobrante de las Cajas de Ahorros se llevase a la Caja de Depósitos.

Hay que reconocer que por todo pasan en España los imponentes menos por confiar la administración de sus ahorros al Estado.

En cuanto a los préstamos a las Diputaciones ó Ayuntamientos, no habrá en ninguna Caja de Ahorros consejeros que cometan la locura de llevarlos a efecto, pues demasiado sabe todo el mundo que se cobra tarde y mal lo que se presta a esas Corporaciones.

La experiencia ha demostrado en Segovia, con el perenne que sufrió aquel Banco Agrícola, que no es discreto destinar las imposiciones a corto plazo a préstamos con garantía personal ó hipotecaria, pues tanto los agricultores como los industriales prefieren pagar algo más de interés a cambio de que los plazos para el reintegro de la deuda sean algo más largos.

Entre los imponentes de las Cajas de Ahorros se encuentran sujetos tan asustadizos y medrosos, que por la más pequeña contrariedad llevan la alarma a todas partes y promueven un grave conflicto. Para aquietar a estas gentes no hay más que un medio práctico: entregarles su dinero en el momento que lo pidan, y esto no puede hacerse cuando las sumas que llevan los imponentes se destinan a préstamos a los industriales ó agricultores.

(Se continuará)

Rivas Moreno.

## D GENERACION

El país predilecto de la mentira es España. Se miente en la calle, en la plazuela, en el café, en el periódico, en el círculo, en el Parlamento, en la «Gaceta», en Palacio. Solemos decir errores de la mentira y mentirosos; acostumbramos a censurar a todos los que mienten y no aplaudimos a cuantos arrancan los pudorosos velos, encubridores de la Verdad y nos la muestran al desnudo. A diferencia del filósofo, anhelamos demostrar el movimiento sin movernos; pedimos luz y cerramos los ojos; queremos franqueza y resguardamos prudentemente el alma con el antifaz de lo provechoso.

Por eso, se ha criticado tan acerbamente a Sales y Ferré. Las verdades son amargas y el ilustre catedrático reunió ayer un buen manejo de verdades. «La culpa de todas nuestras vergüenzas—dijo—es de las clases directoras. En España la primera materia es inmejorable, el pueblo, la masa, tiene magníficas condiciones; pero las clases directoras son imposibles. Individualmente lo podemos todo, en colectividad no servimos para nada, nos falta dirección.

El alma de la inquisición sobrevive en todas las intranquencias. Tenemos que ir contra ella. Para conseguirlo no hay más que un medio: la educación y especialmente la educación de las clases bajas. En ellas está la cantera de donde saldrá el porvenir. Mientras

las clases bajas se elevan, las clases altas se sumergen; es una ley que no ha fallado nunca y hé aquí el secreto de que hayan perecido todas las aristocracias y hayan degenerado todas las familias reales.»

La degeneración y la revolución fueron siempre los microbios de los organismos reales. La degeneración comienza la obra destructora; la revolución la termina. Las infecciones de la sangre regia, suelen corregirse con derrames de sangre popular, rica en glóbulos rojos, sana, hirviente.

Escuder, en su magistral obra *Plus Ultra*, demuestra que las dinastías austríaca y borbonica no han podido librarse del más poderoso enemigo de la realeza, la degeneración. Dice, como resumen de su minucioso estudio...

«Los hechos parecen mostrar que idéntica diatesis hereditaria, la gota (I) engarzan a ambas dinastías, revistiendo variadas formas, sobre un fondo único. La sangre azul, expresa aproximadamente el color aristocrático de la infección por el ácido úrico, producto excrementicio de la desnutrición, que hace mala sangre, sangre de reptil, especie de pobre no oxidada que el desgaste acumula. Se localiza en las articulaciones y produce la gota articular (Felipe II); ataca al cerebro y engendra la epilepsia (Carlos I); se fija en los meninges ó en el neurilema, y determina las convulsiones de la infancia que mata a tanto príncipe en la niñez, ó degenera más tarde en imbecilidad (Carlos II); en locura (Isabel de Portugal, Juana la Loca, el príncipe D. Carlos, D. Sebastián, etc.), sufren los vasos encefálicos la arterio-esclerosis y sobreviene apoplejía (Felipe V; Fernando VII, etc.); hay alteraciones atheromatosas por perturbación circulatoria y dan un Fernando VI; abundan las neurosis, la gota diséptica (Felipe III); la herpética (Isabel II); la del riñón (Felipe IV); la locura puerperal (princesa Juana); cuando ataca a los huesos, trae el raquitismo por pobreza de sales minerales y riqueza de grasa; cuando se deriva a los órganos genitales, saca tipos como Felipe IV; y si es mujer la precipita en la inmundicia, el adultorio, el desorden, ó en la infomanía, como lo atestiguan diferentes reinas víctimas de la excitación genésica; ó extingue el sexo, causando la esterilidad, la impotencia (Enrique IV, el archiduque Alberto, D. Carlos etc.) Es frecuente encontrar la hemierárea, la angina de pecho, y en general las afecciones del sistema nervioso, notándose que, hasta las enfermedades agudas como la pulmonía, tiene un carácter gotoso (Carlos III), sin que altere la regla cierta inmunidad propia del sexo femenino, a quien esta dolencia suele respetar.»

Los cortesanos creen fuertemente que si la forma de gobierno no varía, los reyes tampoco. Ellos sólo miran la forma externa, lo que trasciende al público, lo que infunde respeto, ven el símbolo, no el hombre y diputan singular heregía la afirmación de que pueden ser regidos por un degenerado, cualquier día. Cegera moral incurable es la suya. Desgraciadamente, con el trono también se heredan los estigmas degenerativos.

Todo el mundo se abstiene de ejercer un oficio que no haya aprendido: sólo el oficio de rey, el más difícil de todos, se ejerce sin conocimiento. Tal aseveró Flutarco en sus «Dichos notables de los príncipes» y a fé que tenía razón sobrada. Pues siendo tan fácil la práctica de este oficio ¿no iba a tener ningún inconveniente? Degeneran las familias reales y la degeneración no se ataja corriendo los ojos a la evidencia y declarándose contra la realidad. La curación no se logra porque el mal se niegue. El microbio en la oscuridad del misterio, sigue elaborando la ruina del organismo y trabaja, trabaja...

Bien dijo Sales y Ferré. ¿Pero es que nos vamos a resignar lamentándonos de que la degeneración se oponga a la felicidad del pueblo? Yo no diré palabra aunque dije finalizada la revolución la obra a que dió comienzo la degeneración... Y el tiempo corre, corre muy de prisa...

Augusto Vivero

## CARTA POLÍTICA

De de Madrid

Está siendo ocasión de muchísimos comentarios en los círculos políticos cierta información acerca de los móviles que impulsan a Romero Robledo hacia el partido liberal.

Realmente era ya sospechosa la actitud amistosa en que se halla el batallador ex-ministro antequerano respecto al gabinete que preside el Sr. Sagasta, actitud incomprensible para muchas por no ser compatible con el carácter de Romero: ahora ya nadie la juzga rara.

Sabido es que el disidente de todos los partidos, como han llamado a Romero, frecuenta mucho el trato con la Regente, visitando muy a menudo el Palacio; y como está para casarse la hija mayor del ex-pollo con un hijo de D. Ezequiel Ordóñez, parece ser que la reina dotará a la novia, agraciándola además con el título de condesa de Antequera.

Como si esto no bastase, se concederá a Ordóñez, padre, el nombramiento de senador vitalicio, con lo cual podrá concederse a Ordóñez, hijo, en usufructo el distrito de Tay, por donde sale aquél ahora.

No tendrá queja Romero. Bien le pagan su benevolencia. ¡Lo que es a eso precio!

Dícese también, y algun periódico se hace eco de la noticia, que se activa la constitución dentro de la monarquía, de un partido radical a cuya jefatura aspira también Romero, aunque es indudable que será para Canalejas, cuyas grandes condiciones no reune ninguno de los otros aspirantes.

En contraposición de este partido, se fundará igualmente, para la mayoría de edad del rey, otra agrupación en la que ingresarán importantes personalidades del partido conservador, sus elementos más prestigiosos.

En fin, toda esto unido a la propaganda republicana, hace esperar que pronto asistamos a sorpresas más ó menos sensacionales.

El Corresponsal

## La Comisión provincial

Ayer se reunió la Comisión provincial, para tratar, entre otros asuntos, del desahucio de los arrendatarios del Soto.

Se acordó reconocer en el Ayuntamiento facultades para rescindir el contrato de arrendamiento.

No nos parece mal este acuerdo, aunque no nos aclare mucho la cuestión, ya que lo que se deseaba saber era si el Alcalde había procedido a derechos obrando como obró.

Para tomar este luminoso acuerdo ha sido preciso que la comisión celebrase dos sesiones y nombrase ponente, lo cual demuestra que había mar de fondo.

Esto es lo que la gente llama «mala noche y parir hija.» Ya pondremos los puntos sobre las íes.

## MERCADO

El de hoy se ha visto muy concurrido, haciéndose muchas y muy buenas ventas.

Recová

Huevos, de 1'50 a 1'60 pesetas; pavos, de 8 a 10 id.; pollos, de 2 a 5 idem par; gallinas, de 6 a 8 id., par; conejos de 1'50 a 4 id. id.

Olivas

Manzanilla, de 1 a 1'0 pesetas clemf.

Cereales

Trigo, de 46 a 49 reales fanega; maíz, de 33 a 35 id.; cebada, de 22 a 24 idem y avena, a 16 id.

Cerdos

Cebados de 39 a 45 reales arroba; lechones, de 10 a 12 pesetas uno; sogueros, de 15 a 19 id. id.

Cabras

Para el matadero, de 22 a 24 pesetas una; de leche, de 55 a 60 id. id.; borregos, de 17 a 22 id. id.

(1) «La escrófula y la gota se asocian a menudo y los herederos están expuestos a la úris.» Charcot-VII-pág. 102, citado en dicha obra.